

EN la Revista "Féminas" leí la recomendación de que toda joven escriba su diario. Tengo 15 años. Me pusieron de nombre Oyuki, aunque generalmente me dicen Oyukita. Por haber heredado la cara de mi madre, hija de japonés con mexicana, me llamaban "coreana" en la escuela donde acabé la Primaria, y sé que todavía hoy mis malquerientes del barrio me señalan con el mismo apodo.

El sábado 9 de octubre de 1952, día en que como tantos otros me regañó mi abuela, pensé a todas horas en Elías. A las ocho de la noche acudí a una cita que ayer me dió. Somos novios.

Terminamos el 2 de diciembre. A partir de esta fecha nada memorable sucedió hasta hoy, 25, en que tuve que ir a dormir al piso de arriba por una riña con mi madre a causa de ese señor que aborrezco tanto y dicen es mi padre.

Sin más, transcurrió el tiempo. El día último de diciembre también pintó mal y pasé dormida la entrada del año. Se disgustaron mi abuelita y mi mamá tan sólo por mí. ¡Qué desgraciada soy!

El 2 de enero de 1953 me habló de nuevo Elías, muy arrepentido según él. Era viernes y le conté puras mentiras.

Dos semanas después, el 16, terminamos porque le contaron que yo lo hacía tonto. No sentí pena ni rabia, pues era verdad: lo hacía tonto con Ernesto. Pero lo que sí me produce indignación es el pensar que cuando lo hice tonto con José Luis no le dijeran nada.

El 19 de enero, mi abuela nos echó en cara que tras que estábamos arrimadas éramos unas cochinas.

El 21 supe que la chismosa de María Cristina fué quien puso a Elías al corriente de mi infidelidad.

El 24 platicó María Elena con él. Era sábado.

Y el sábado siguiente, 31, lo ví en la tienda que está en la calle de la Luna.

El jueves, 5 de febrero, me dijeron que ya tenía una novia en la calle de Zaragoza; pero yo sé que "el que picones da, picado está". Sí, lo quiero; no lo niego. Más si yo he olvidado tantas cosas, ¿por qué no olvida él? No puedo explicarme cómo después de haberme dicho que me amaba, y habérmelo dicho llorando, se comporta de este modo. ¿Tan pronto olvidan los hombres sus promesas?

El 8 de febrero peleó mi madre con mi abuela. ¡Oh, cuándo se acabarán los disgustos de familia! Este mismo día, me cuentan que el miércoles a las ocho de la noche pasó Elías del brazo de una joven por mi casa.

9 de febrero.—Bronca otra vez con ese señor que odio hasta el aborrecimiento. Lloré de cólera toda la noche.

Día 16.—¡Qué vida más horrible! Me pegó mi hermano Mario porque no quise levantar de la mesa un vaso y un plato. Tan fuerte me pegó que parecía querer matarme. Pensé huir de la casa; pero mejor esperaré. También ví a Elías.

Febrero 24.—Me regañó mi abuela por los gatos, principalmente por la "Fátima" que maulla toda la noche y no deja dormir.

El 12 de marzo me dijo mi mamá: "Ve a un mandado". Y como lo dije que no iba, se sulfuró mucho y me aventó un elote.

El 13 de marzo hubo de nuevo gresca porque no fuí a otro mandado. Me golpeó mi mamá. Al anochechar, reanudé las relaciones con Elías.

15.—Ha seguido un período de tranquilidad en la familia. ¡Ojalá dure!

Marzo 26.—Elías riñe otra vez conmigo. Quedamos en vernos el sábado 28.

Pero lo ví el viernes a las seis y media de la tarde, y no lo saludé, pues no tenía por qué hablarle. Si quedamos en vernos el sábado, ¿por qué adelantar la cita? Y además, ¿por qué no me ha llamado por teléfono? Si él no lo hace, yo tampoco. Recuerdo ahora que el 13 de marzo, cuando me platicó que si había tenido otra novia fué

---

E L

D I A R I O

D E

O Y U K I T A

---

U N

C U E N T O

D E

J u a n d e l a C a b a d a

---

por el muchísimo despecho que sintió al contarle María Cristina que yo lo hacía tonto, no le pregunté nada. El desembuchó todo. ¡Qué niños son los hombres!

Y desde el 11 de abril se teje una maraña de chismes acerca de él, pero yo me hago la desentendida para darles en la torre, pareciendo decir con mi silencio: "Por mí, que se divierta". Sólo sé que no podré olvidarlo nunca.

Olvidé apuntar que el Jueves Santo, 2 de abril, se me declaró Salvador y le correspondí. El 8 le dije que no pensaba llegar a quererlo y rompimos, pues, en realidad, así lo creo. Ví a Elías en la calle.

Lunes 20.—Ibamos del brazo María Elena y yo cuando vimos que tomaba Elías un refresco dentro de un tendajón. No quise hablarle directamente y le pedí a María Elena que lo llamara. Ella fué y le dijo: "Elías, venga tantito". El muy fatuo contestó: "Déjeme tomar mi limonada a gusto". Entonces me encendí de coraje y desde lejos le grité: "Elías, necesito hablar contigo". El respondió: "No puedo porque me duele un pie". Me puse blanca de furia y avancé hasta

la puerta del tendajón: "Pues a mí me duelen los dos y, sin embargo, ya ves, aunque no quisiera verte ni en pintura, tengo que hablarte". Salió y se fué sin volver la cara. ¿Por qué lo querré tanto?

Martes 21.—Hace tiempo que me acompaña Héctor. El domingo 19 fuimos al cine y me pidió relaciones. ¿Qué podré hacer para olvidar a Elías? Le correspondí a Héctor. No sé si lo quiera; pero es tan bueno, tan cariñoso y fino, que pienso: "Si Elías tuviese siquiera la cuarta parte de la bondad del otro, todo sería muy distinto". Y diciendo esto para mis adentros, resulta que ya pienso y creo querer a Héctor.

Abril 23.—Me habló de amores Raúl. No le resolví nada porque no quiero hacer tonto a Héctor.

El 27 de abril por la mañana le dí a Raúl el "sí", y por la tarde le dije que "no".

Rara vez me enfermo, y sólo de catarro, pero sí pesco uno caigo en cama. Así estoy ahora. Es 1º de mayo. Gracias a que no tengo que ir a trabajar.

9 de mayo, sábado.—Esta tarde, hace unos momentos, me pidió Héctor que me casara con él.

Mañana del día siguiente, domingo 10.—Es "día de las madres" y regalé a la mía un corte de vestido. Estoy contenta. Hay un sol magnífico. Héctor quería venir a mi casa y hablar con mi mamá. Por el momento, lo disuadí: Héctor, eso sería una inconveniencia. Mira, no le he dicho nada de nuestras relaciones, porque necesitaba cerciorarme de si me quieres". Respondió: "Sí, Oyukita, te adoro. ¡Te quiero muchísimo! Piensa que serás mi mujer, no por un tiempo sino por toda la vida. Medítalo bien, y luego se lo dices a tu mamá para ver qué te aconseja".

Martes 12 de mayo.—Le han contado que el domingo, después que nos separamos, me fuí al cine con otro pretendiente. Furiosa, porque esto sí es una calumnia, acabamos la plática enfadados. Si no me tiene absoluta confianza, mañana miércoles, que volvamos a vernos, romperé con Héctor aunque haya de llorar mis ilusiones muertas... el fin de mis anhelos... ¡Ay, Héctor!

El sábado 6 de junio nos contentamos y el 11 rompimos, porque de repente se topó con Elías y pelearon a golpes. Francamente, ganó Héctor; pero yo me puse de parte de Elías, con quien volví después de la pelea. ¡Lo quiero tanto... tanto! Quizás porque una vez lo hice tonto y juntos hemos pasado muchas penas.

Pero hasta hoy, domingo 5 de julio —¡después de un mes!— no había vuelto a verlo. El martes hablé por teléfono en vista de no haber sabido más de él, y me contestó muy enojado. El 14 vino a verme.

El viernes, 17, platicué con Héctor. Me dijo que el sábado anterior Elías lo invitó a una copa. Me molestó que se hayan hablado. Era conceder demasiada importancia a este menso de Héctor. Pero tuve que oír y callar. ¿Qué otra cosa me quedaba sino esconder mi encono? ¡Entonces, ninguno de ellos peleó por mí! Detesto reconcentradamente a los dos: al uno —Elías, a quien tanto compadecía, por rajón; al otro —Héctor— por su benevolente condescendencia, que no es sino engreimiento, vanidad. ¡Al diablo, al diablo los dos, y cada cual por donde vino!

El 27 de julio por la noche, cuando vuelvo de la calle, me dice Lilia que de parte de Elías llegó un muchacho con un recado para mí, y que ella le informó que yo estaba en la asamblea del sindicato.

El 28, Jaime —un buen muchacho amigo nuestro— nos convidó a un baile por ser día de su cumpleaños. Ese cascarrabias de mi hermano Mario me regañó por bailar yo tres veces seguidas con un señor gordo y casado, que le era antipático y a mí me hacía gracia.

El 30 me llamó Héctor por teléfono. Fuimos al cine Capitolio y una vez más me propuso casamiento. Pero quién sabe a qué llegaremos. Por mí, estoy dispuesta.

Miércoles 5.—Por la mañana nos citamos a las ocho de la noche. Vino y dimos una vuelta. Gracias a mi abuela que se interpuso no me pegó Mario. Se enojó porque no le cosí una camisa que iba a mudarse y a la que le faltaban todos los botones. Héctor quedó en llevarme de paseo el domingo por la tarde.

Domingo.—Me cansé de salir constantemente a la calle con mil pretextos y aguardarlo hasta las siete de la noche. Por fortuna llegó de visita una amiga y decidimos ir al



Dibujo de Elvira GASCON

A la mañana siguiente le dije a mi mamá que vendría Héctor a pedir mi mano.

—¡Nada más entra ese tipo a la casa y verás cómo sale!— resopló furiosa.

Por la noche me regañó Mario porque se me rompió la yema de un huevo al freirlo. En cuanto a Héctor, es mejor dejarlo a la voluntad de Dios.

¡Qué injusticia! El 1º de agosto, como una fiera rugió mi abuela que no más nos pasabamos de golfas la vida y que éramos unas malvadas. Es verdad que con frecuencia desatendemos el trabajo de la casa, pero, ¿por qué a Mario, que debería cargar con mayores obligaciones, nunca lo reprenden, sólo por ser hombre... y todo lo bueno para él, mientras para nosotras —Lilia y yo— las sobras?

Agosto 3.—No sé para que me llamaría hoy Héctor varias veces, siempre cuando estaba yo fuera de casa, según me dijo Lilia, que estuvo pendiente del teléfono.

Agosto 4.—Lo esperé a la salida del trabajo para saber lo que quería y me dijo, sonriendo, que “nada”.

cine en compañía de su hijito. Así que me dejaste plantada... ¿no, Héctor? Para que no se te haga costumbre, ¡verás! ¡Ya verás!

El lunes, 10 de agosto de 1953, cambié de empleo. Comencé a trabajar en la “R. O’Connor & Co.”. De regreso encontré por casualidad a la *Chata* y al “chimuelo”, hermanos pequeños de Héctor, y les recomendé le dijeran que no me hablase por teléfono; que nos veríamos en la esquina convenida el martes a las seis y media. Les regalé dulces. Cuando llegué a casa me advirtió Lilia que me telefonaron, y mi mamá había tomado la bocina.

El martes 18, desde las seis y media, rondando las esquinas esperé inútilmente a Héctor hasta las siete de la noche. Desalentada emprendí el camino de mi casa en un tranvía, pero a las nueve en punto oí venir de fuera su silbido y salí a verlo. Me contó que llamó por teléfono y habiendo respondido mi madre pasó él la bocina a la *Chata*, quien dijo que hablaba Esperanza para saludarme. Mi mamá no tragó el anzuelo y contestó a la *Chata* que “hiciera el favor de decirle a

Héctor que no me molestara más, porque le iba a salir cola”. Mientras caminábamos y refería lo sucedido, comenté yo:

—¡Ay, Héctor! ¿No te dije que esto nuestro es difícil, muy difícil?

Y él repuso:

—Sí, Oyukita, por mi parte... no lo sería tanto, ¿verdad?— Y agregé: “Mira, Oyuki, piensa con la cabeza. ¿Por qué no le hablas en serio a tu mamá, diciéndole que me permita la entrada a tu casa para visitarte y que yo estoy dispuesto a casarme en un plazo de tres meses o el que ella fije”. Prometí seguir su consejo y, contra lo que suponía yo, mi madre accedió sin alterarse.

El lunes que habló Héctor por teléfono, le dije a ella quien me había llamado y que a las ocho de la noche iba a salir un rato a la calle para verlo y dar juntos una vuelta.

Cuando me acompañaba de regreso a la casa, vimos a distancia la figura de mi madre que aparecía en la puerta.

—¡Oyuki, ahí está tu mamá! —Musitó trémulo, Héctor—. ¿Cómo no vas y le ruegas que venga para formalizar las cosas de una vez?

Me dirigí con cierto sobresalto hacia mi madre.

—Bueno, vamos... —asintió.

Pero yo me le adelanté para prevenir a Héctor y alentarle:

—Ya viene.

—Me voy..., Oyuki... Oyukita —tubeeó él.

—¡Cómo! —exclamé—. ¿Entonces, para qué me pediste que llamase a mi madre?

—Perdón... Oyukita —tembló en un hilo de voz—. Pero... tú no sabes lo feo que se siente... —y arrancó de prisa, dejándome estupefacta. ¡Qué vergüenza la mía delante de mi madre! No es para repetir la reprimenda que aguanté.

¡Ya esto se acabó!

Sin embargo, el jueves me cerró el paso, mientras volvía yo del trabajo y habló con una voz honda, no recuerdo cuánto, con tanta turbación, que no sé porque lo perdóné. Parece atributo de mujeres las propensiones al sufrimiento y al perdón.

El sábado 15, que no trabajamos por la tarde, vendrá a las cuatro y media. ¡Dios ha de querer que venga!

Sábado 15.—Eran ya las cinco, y como aún no aparecía lo llamé por teléfono. “Perdón, Oyukita, mi vida; pero olvidé que la cita era para hoy. Nos vemos a las ocho. ¿Quieres?”.

Fué puntual, y al despedirnos prometió volver mañana, domingo, día de mi santo, con un regalito...

El domingo 16 de agosto, San Joaquín, día de mi santo, me dejó plantada. ¡Con cuánta rabia, desdicha y amargura me pasé las horas que debieron ser para mí de las más alegres y felices!

A ver con lo que me sale cuando pretenda volver a hablarme, si es que vuelve, cosa que dudo mucho, pues no creo que tenga la desfachatez de presentarse jamás ante mi vista.

El día 1º de septiembre de 1953 terminamos definitivamente —¡para siempre!— Héctor y yo. Así se acabaron las ilusiones, lo mismo que este diario y todo... ¡todo! ¿Por qué se me saltan las lágrimas? Iré a dormir al cuarto de arriba para que nadie —y menos ese aborrecido de mi padre— sepa de tan extraña pesadumbre y este llanto.